

Eduardo Azcuy Ameghino

Nuestra gloriosa insurrección

La revolución anticolonial de Mayo de 1810

Trama política y documentos fundamentales





COLECCIÓN BITÁCORA ARGENTINA
Dirigida por Alejandro Falco

Eduardo Azcué Ameghino

Nuestra gloriosa insurrección. La revolución anticolonial de Mayo de 1810. Trama política y documentos fundamentales. 1a ed. Buenos Aires: Imago Mundi, 2010.

368 p. 24x17 cm

ISBN 978-950-793-100-0

1. Historia Argentina. I. Título

CDD 982

Fecha de catalogación: 03/05/2010

©2010, Eduardo Azcué Ameghino

©Diseño y armado de interior: Alberto Moyano, hecho con \LaTeX 2 ϵ

©2010, Ediciones Imago Mundi

Distribución: Av. Entre Ríos 1055, local 36

email: info@imagomundi.com.ar

website: www.imagomundi.com.ar

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina. Tirada de esta edición: 1.000 ejemplares

Este libro se terminó de imprimir en el mes de mayo de 2010 en el taller gráfico Impresiones G y G, Udaondo 2646, Lanús Oeste, Provincia de Buenos Aires, República Argentina. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito del editor.

Índice general

Introducción	1
Las invasiones inglesas y el inicio de la crisis virreinal	
<i>Castelli y Burke. La primera invasión inglesa y la reconquista de Buenos Aires. La militarización de la población y la segunda invasión. Los ingleses y la independencia de la colonia. Saturnino Rodríguez Peña y Francisco Miranda. Belgrano y la consigna de «amo viejo o ningún amo». Una nueva correlación de fuerzas militares en la capital virreinal</i>	7
1808: el principio del fin	
<i>Crisis de la monarquía española e invasión francesa. La misión Sassenay. El españolismo y el virrey francés. La junta de Montevideo. La princesa Carlota entra en escena. El carlotismo como vía de aproximación a la independencia. La prisión de Paroissien. Las políticas de Inglaterra y Francia hacia las colonias hispanoamericanas. Un fin de año a toda orquesta: la maduración de la crisis y los nuevos actores políticos</i>	25
1809 comenzó el 1 de enero	
<i>El motín del 1 de enero. Saavedra y los comandantes militares. El centro estatal colonial y las instituciones secundarias: desdoblamiento en el poder español. La llegada del virrey Cisneros y el intento de resistencia a su asunción del mando. El carlotismo. Las rebeliones altoperuanas. Recrudescimiento de la represión. La lucha por la información y la construcción política de la noticia</i>	69
Los últimos días de la dominación colonial en Buenos Aires	
<i>Los asesinatos de La Paz y su significado para los revolucionarios. Castelli defiende a Paroissien y anticipa la fundamentación revolucionaria. La evolución de los grupos políticos. La maduración de una subjetividad revolucionaria y la tendencia a confluir en un frente antiespañol</i>	139
La insurrección de Mayo	
<i>La fragua de la revolución: del 18 al 25 de mayo. La Primera Junta. Respuesta a Carlota. La revolución y la violencia. La política inglesa y la máscara de Fernando VII. Continúa la lucha por las noticias. La revolución de Mayo fue una revolución anticolonial</i>	159

La contrarrevolución española y la guerra anticolonial

La reacción colonialista. Liniers y la coordinación contrarrevolucionaria. La expulsión del virrey y los oidores. El fusilamiento de Liniers. Mariano Moreno. Comienza la guerra por la independencia 197

Índice del apéndice documental 209

*No queremos reina puta / no queremos rey cabrón /
ni queremos nos gobierne / esa infame y vil nación /
Al arma alarma americanos / sacudid esa opresión /
antes morir que ser esclavos / de esa infame y vil nación.*

Canción entonada en los «convites particulares»,
13 de junio de 1810

INSURRECCIÓN. (Del lat. *insurrectio*, -ōnis). 1. f.
Levantamiento, sublevación o rebelión de un pueblo, etc.

Diccionario de la Real Academia Española

*La patria es un peligro que florece:
niña y tentada por su hermoso viento,
necesario es vestirla con metales de guerra
y calzarla de acero para el baile
del laurel y la muerte.*

Leopoldo Marechal, *Heptamerón*

Introducción

Motivado por la proximidad del bicentenario de la Revolución de Mayo, y por los deseos tantas veces postergados de retomar una línea de trabajo a la que dediqué muchos años de análisis e investigación,¹ me propuse revisar y contrastar mi punto de vista, incluidos los debates en los cuales oportunamente me involucré, mediante un nuevo abordaje del tema, cuyo núcleo estuvo constituido por un examen relativamente sistemático de las principales colecciones de fuentes documentales editadas correspondientes a aquella época histórica, especialmente la *Biblioteca de Mayo* y *Mayo Documental*, ambas originadas como parte de la conmemoración del sesquiscentenario de «nuestra gloriosa insurrección», como la denominara Mariano Moreno.

Sobre esta base, la estrategia consistió en formular como problemas de investigación las que hasta entonces eran mis principales conclusiones acerca de la Revolución, es decir, colocar suficientemente entre paréntesis las certezas, procurando que no constituyeran más que una guía para la lectura de las fuentes y el inevitable sesgo personal – muy asociado al marco teórico – que en última instancia ordenaría y jerarquizaría las indagaciones. En esta dirección procuré que toda la polifonía del discurso disponible sobre Mayo se presentara, sin exclusiones, para hacer su aporte, aún las hipótesis con las cuales más intensamente he discrepado.²

1. Los resultados alcanzados se encuentran en buena medida sintetizados en dos libros: Azcuy Ameghino, Eduardo. *Historia de Artigas y la independencia argentina*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1993; y Azcuy Ameghino, Eduardo. *La otra historia. Economía, estado y sociedad en el Río de la Plata colonial*. Buenos Aires: Imago Mundi, 2002. Probablemente resulte apropiado señalar aquí que el itinerario intelectual transitado me llevó de la Revolución de Mayo – el centro de interés que operó como punto de partida – al artiguismo, para posteriormente concluir que sólo iba a poder alcanzar una comprensión más acabada del proceso independentista conociendo con mayor profundidad la sociedad colonial – especialmente en Buenos Aires y la Banda Oriental –, en tanto fuente de las contradicciones y problemas que dieron razón de ser a las luchas revolucionarias y cuna de los actores que las protagonizaron.

2. La bibliografía vinculada con la Revolución de Mayo forma un cuerpo denso y multifacético, que sólo hasta el sesquiscentenario contaba con alrededor de 1.800

El resultado de estas operaciones es el trabajo que ahora se ofrece al lector, que no constituye ni un estado de la cuestión, ni una investigación original, sino la expresión de una lectura abierta y expectante, y la construcción de un relato, más o menos denso, sobre las aristas que se me presentaron como más relevantes – en clave de estar indagando acerca de una revolución – del proceso histórico que a partir de 1806 conduciría a la destitución del virrey Cisneros en 1810, y al inicio de la guerra de liberación de los pueblos y provincias del Plata.

Espero al respecto haber logrado referir no sólo cierta cantidad de hechos, observaciones y conclusiones, sino, y especialmente, transmitir el modo como fui percibiendo a través de numerosos testimonios documentales la transformación de la cotidianeidad de un segmento importante de la realidad colonial, de ordinaria en extraordinaria, al cargarse de indicios, signos y señales de que se iba construyendo una situación revolucionaria. Circunstancia que se replicó, bajo similares influencias, en otros virreinos y capitanías, en los que también se crearon *eslabones débiles* en la cadena colonialista, los que sólo pudieron ser rotos donde, además, existieron actores políticos concientes y relativamente organizados dispuestos a la tarea, en cuyo ejercicio terminaron de convertirse en auténticos revolucionarios. Hombres que fueron, en distintas proporciones y según los casos, tanto producto de la crisis del orden colonial como artífices de ella.

En este sentido, creo que uno de los resultados del trabajo realizado ha sido ratificar la pertinencia de las críticas a las posturas que, como señalara entre otros Puiggrós,³ proponen un desarrollo unilateral de las influencias externas como factor decisivo de la revolución, incurriendo en el error de dar por inexistentes o poco relevantes los determinantes internos. Lo cual no significa disminuir en un ápice la convicción respecto a que los sucesos de Mayo se inscribieron en un contexto mayor que los condicionó de múltiples maneras, del cual formaron parte las revoluciones francesa, norteamericana e industrial inglesa, la permanente resistencia indígena al conquistador, las disputas intercolonialistas y, sobre todo, la invasión napoleónica a España con la consecuente desestructuración relativa del sistema de poder global de sus clases dominantes, expresadas hasta ese momento por la monarquía borbónica.

títulos. Si bien con posterioridad al golpe de estado de 1976 este nivel de producción decayó, en los últimos años ha ido recobrando vitalidad, reflejando en general – a través de la selección de problemas y abordajes – los humores intelectuales dominantes en la época, caracterizados por la influencia de la «globalización» y cierto descrédito que la actual relación de fuerzas entre las grandes potencias y los pueblos ha procurado imponer respecto a las revoluciones y otras formas de rebeldía de raíz popular y nacional. Caffese, María y Lafuente, Carlos. *Mayo en la bibliografía*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1962.

3. Puiggrós, Rodolfo. *La época de Mariano Moreno*. Buenos Aires: Sophos, 1960, p. 190.

Sin una interacción permanente, como la que se produjo entre 1806 y 1810, entre influencias de origen externo y aportes internos en tanto expresión de la comprensión e iniciativas con que grupos de personas procuraron dar respuesta – a partir de sus ideas, sentimientos y deseos – a los estímulos y posibilidades que brindaban aquéllas, no habríamos tenido, al menos no en la fecha conocida, un pronunciamiento político como el de Mayo. O sea que las oportunidades que brindó el contexto resultan fundamentales, al igual que la existencia de fuerzas internas capaces de aprovecharlas, debiendo precisarse que este concepto no se agota en la identificación de uno o más grupos de gente que actúa en el momento oportuno. Los actores y fuerzas endógenas – en otras lecturas factores, causas o antecedentes de origen interno –, claramente asociados a problemas y contradicciones de cuño local, no son un elemento formal, estático, sino que constituyen una autoconstrucción dinámica al interior del proceso histórico del que emergen y sobre el que reaccionan, que como tal tiene una historia, la que hemos procurado reflejar hasta donde fue posible.

No hemos utilizado para ello el concepto de «partidos», precaviéndonos, acaso en exceso, contra eventuales errores por anacronismo – dada la fuerte tentación de proyectar imágenes y características modernas sobre un pasado donde sólo parcialmente se sostienen –, prefiriendo identificar prioritariamente a estos actores como espacios discursivos y de acción política creados por la acción social de grupos e individuos, y a su vez generadores de grupos, en general muy plásticos en sus configuraciones; de cuyas confluencias y antagonismos resultarían, entre otras consecuencias, el frente antiespañol, la composición de la Primera Junta y la reacción contrarrevolucionaria frente a su instalación.

Hablamos de revolución, de revolución en el virreinato del Río de la Plata, que *era una colonia*. Este hecho elemental y determinante, tan obvio como insuficientemente remarcado en muchos juicios y estudios pasados y actuales, ha sido el eje central que articuló nuestro análisis, y el punto desde el cual resulta factible definir positivamente el contenido revolucionario de la insurrección de Mayo. *La Revolución fue anticolonial*. Y lo fue porque la tarea que se propuso y finalmente cumplió, luego de una larga y cruenta guerra libertadora, consistió en la *destrucción del corazón del estado virreinal*, y el reemplazo de unas clases – las dominantes en España y por ende en sus colonias – por otras, emergentes de la elite local

de mercaderes y terratenientes,⁴ en el centro del poder y dominio sobre una sociedad que en adelante sería independiente.

Desde esta perspectiva se comprende mejor una de las comprobaciones que emergieron con mayor expresividad durante el desarrollo del estudio, consistente en que actuar a imitación de lo que se hacía en la metrópoli al instalar juntas de gobierno en reemplazo del rey cautivo, resultaba inaceptable («es un disparate el hacer aplicable a América el sistema que en España adoptó la necesidad», dice el fiscal Villota), porque no había equivalencias reales entre la metrópoli y sus dominios americanos. El contenido subversivo del pronunciamiento de Mayo – como antes la junta de Montevideo, el motín del 1 de enero en Buenos Aires, o la junta de La Paz – se debió a que se trataba de una colonia, y por ende este tipo de novedades políticas no podían ser recuperadas al interior del reino de España, sin conducir directamente al cuestionamiento del poder colonialista. Así, mientras bullía la coyuntura revolucionaria y los ejércitos se presentaban al combate, los términos del conflicto podían ser explicitados, casi con candidez, por el comandante de las fuerzas españolas en Montevideo, quien señalaba que «tanto yo como mis subalternos todos contribuimos a persuadir a estos habitantes que nunca serán tan felices como bajo la dulce dominación española y que son quimeras sus ideas de independencia».⁵

Lejos de resultar «quimeras», la revisión histórica realizada volvió a demostrar que las ideas de independencia se hallaban presentes, aunque restringidas a un número pequeño de conspiradores, desde antes de la invasión napoleónica a España en 1808. Y que reiteradamente volverían a expresarse, mediante formas puras e impuras, directas o eventuales, explícitas y encubiertas, en torno a sucesos como la rebelión de Álzaga, la llegada de Cisneros, el «carlotismo» de Belgrano y sus asociados, o la insurrección conducida por Murillo en el Alto Perú. Consistentemente con esta realidad, hemos podido percibir, y espero que así lo pueda hacer también el lector, como «la pérdida de España» – en virtud del triunfo de Bonaparte – , antes que el punto de partida de la insurrección bonaerense, sería la culminación de un período de preparación que debía finalizar precisamente con esa noticia – en buena medida una construcción revolucionaria – que se había ido constituyendo en la señal de inicio de una

4. Al resultar esa aristocracia local parte de los sectores explotadores del plustrabajo de las grandes mayorías sociales, e integrar las estructuras secundarias del estado colonial – operando instituciones como el cabildo – , sus objetivos se redujeron a reemplazar a la metrópoli, a cuya sombra habían debido permanecer hasta entonces, como principal beneficiaria del sistema socioeconómico vigente. En consecuencia, primero limitaron y finalmente frustraron el desarrollo de las corrientes políticas más radicales y democráticas presentes en el seno de la dirigencia patriota, derrotando las posturas de quienes las expresaron, como ocurriera en los casos de Moreno y Castelli.

5. Oficio del comandante Salazar, jefe del apostadero naval de Montevideo al secretario de estado español, 4 de junio de 1810. *MD* t. XI, p. 257.

acción largamente meditada por algunos, abrazada con poca antelación por otros, pero prevista, para bien o para mal según de quien se tratara, por todos los actores políticos que jugaron sus cartas en Mayo de 1810.

En relación con esto, la masacre de los revolucionarios paceños a comienzos de ese mismo año estableció con claridad cuáles serían los riesgos de intentar destituir a los representantes del poder metropolitano e instalar un gobierno independiente a nombre del rey cautivo. Objetivo político que, como podrá observarse, permitió la confluencia – vital para el desarrollo exitoso de la insurrección y su posterior extensión hacia el resto del virreinato – de un amplio frente, donde se reunieron desde los independentistas más decididos (como Moreno, Castelli, Saavedra, Belgrano, Vieytes, Rodríguez Peña y tantos otros), hasta los españoles que encontraron razonable sostener un gobierno autónomo por no ser franceses, y/o para reafirmar su lealtad hacia Fernando VII, a quien todos imaginaron como una referencia tan relevante como formal a los efectos prácticos.

Muchas de las dudas y vacilaciones inherentes a esta heterogénea confluencia fueron barridas por la reacción contrarrevolucionaria de los españolistas y el inicio de la guerra libertadora, delimitando e impulsando el desarrollo del patriotismo americano, entendido como una definición anticolonial y, consecuentemente, antiespañola. Y si bien Inglaterra condicionó su apoyo a que no se produjera una declaración «prematura» de independencia – que complicara su alianza antinapoleónica con España –, y una parte de la dirigencia criolla prefirió continuar «fernandeando»⁶ para adaptarse a la exigencia británica y eventualmente disponer de vías conciliatorias ante un posible fortalecimiento de la metrópoli, fueron cada vez menos quienes dudaron sobre cuál era el contenido de fondo del feroz enfrentamiento militar que estalló a poco de instalada la Primera Junta.

Acompañando y enriqueciendo la exposición del relato histórico al que acabamos de introducirnos, el libro incorpora un apéndice documental donde el lector podrá tomar contacto directo con el discurso de protagonistas y observadores de los sucesos que, jalonando la crisis orgánica del dominio colonial, condujeron al pronunciamiento de Mayo. Dichas fuentes han sido seleccionadas, entre tantísimas que merecerían ser conocidas por los argentinos de todos los tiempos, con el objeto de ampliar la percepción de algunos de los que hemos considerado como hitos de la historia de la revolución, así como de las tendencias, opiniones e iniciativas asociadas con algunos de sus principales protagonistas, finalizando con una muestra del pensamiento de los dirigentes que a mi juicio mejor encarnan la tradición radical, democrática y auténticamente progresista emergente de *nuestra gloriosa insurrección* anticolonial.

6. «Sigamos con la máscara de Fernando VII, dicen algunos: las circunstancias no permiten otra cosa; ¡oh circunstancias, cuándo dejaréis de ser pretexto de tantos males!». Monteagudo, Bernardo. *Escritos políticos*. Buenos Aires: Rosso, n/d, p. 93.

Por último, deseo agradecer a Lucía Ortega y Agustina Pérez por su invaluable colaboración en la preparación de la selección documental; a mis jóvenes colegas del CIEA de la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA, que alentaron generosamente el esfuerzo realizado para cumplir en tiempo y forma con el plan de la obra; y, muy en especial, a Gabriela Martínez Dognac, que leyó y discutió los originales, realizando una valiosa contribución a la elaboración final del texto.